

su silla como á una niña de diez años, y despues que la hubo besado la volvió á poner en tierra.

Durante este tiempo Hendrick contemplaba el sorprendente cambio que se habia operado en la persona de Ana. En lugar de una niña turbulenta, vestida las tres cuartas partes del tiempo como un muchacho, veía delante de él una jóven llevando con tanta gracia como modestia la ropa de su sexo.

La niña habia llegado á ser mujer. Cuando Hendrick le tendió la mano, ella se ruborizó, y casi titubeando abrazó á su antiguo amigo. Este por su parte se sintió conmovido.

Durante este tiempo Marydom y su mujer se habian reunido á los tres jóvenes.

—Y bien, preguntó el *baas* (amo) mostrando á Ana, ¿qué decís de nuestra discípula? Os la hemos guardado mucho tiempo, pero convenid en que ha sabido aprovecharse de él.

—Y tan jóven como es, ya hubiera encontrado un marido si ella hubiese querido, añadió la *Noë*.

—Entonces no la hubiéramos vuelto á ver, exclamó Piet frunciendo el entrecejo.

—Siempre el mismo, dijo Marydom riendo. Vamos Piet, y vos Hendrick subios á la carreta: la *Noë* va á prepararnos café. Yo he matado ayer un springbok cuya pierna va á darnos un excelente asado; despues, yo os daré brandy como nunca lo habeis bebido, y que he comprado á un capitán inglés.

Una hora despues nuestros cinco personajes, sentados en la carreta desenganchada, daban un rudo asalto á las provisiones de la *Noë*.

Terminada la comida, los bueyes fueron vueltos á enganchar, y las carretas se pusieron en marcha.

Margarita Marydom, que habia tomado mucho cariño á Ana, la miraba con dolor, al verla á punto de habitar desde entonces bajo el techo de aquellos dos jóvenes. Su antigua esperiencia le hacia presentir todos los inconvenientes que debian resultar, pero sus primeras observaciones á este respecto levantaron tal tempestad en el ánimo de Piet, que la buena mujer no se atrevió á insistir. Nosotros debemos añadir que esta situacion anormal de una jóven viviendo en casa de otros dos jóvenes se encuentra con frecuencia en estas colonias lejanas, y que no despierta las mismas ideas que en nuestro país.

Fué una grande alegría para los dos hermanos la de conducir á Ana al aposento que ellos le habian preparado, y que cada cual por su parte habia embellecido lo mejor que pudo. Conmovida de este afecto tan tierno y tan vehemente, la jóven no sabia como dar gracias á sus amigos. Los criados de la casa la acogieron tambien con entusiasmo. Piet les dió gracias distribuyendo entre ellos carne, hydromel y cerveza, al extremo que al llegar la noche todos los bechuanas estaban sumergidos en la embriaguez mas profunda.

IV.

LA DEMANDA EN MATRIMONIO.

Transcurrieron seis meses, y Ana habia cumplido diez y seis años. Se creía que tenia dos ó tres años mas, tan alta y robusta era para su edad.

Aunque los boëres de estas comarcas estén separados por grandes distancias, hay circunstancias tales como las

ceremonias religiosas, las grandes cacerías, los casamientos, que los reunen por muchos dias de veinte ó treinta leguas en contorno.

Estas reuniones son verdaderas saturnales para los boëres. Pasan su tiempo bebiendo, comiendo y bailando ó cazando, y parece como que quieren agotar en algunas horas los goces de todo un año.

Una de estas asambleas tuvo efecto en casa de un vecino de los Gregorios, que casaba aquel dia á su hija y á su hijo. Hendrick y Piet acudieron allí con Ana, cuya hermosura llamó la atencion de todos. Piet observó las miradas de asombro que se dirigian á su pupila, pero cuando comenzó el baile, y vió que el brazo de un jóven boër estrechaba la flexible cintura de miss Daring, se encolerizó y se puso á dar golpes indistintamente á derecha é izquierda. Sucedió una lucha general, y para nuestro amigo Piet, un brazo lastimado, una herida en la cabeza y fuertes contusiones en todo el cuerpo. Le sacaron de allí desmayado, le colocaron en una carreta, y los tres amigos volvieron á emprender tristemente el camino de Koudouvley.

Este accidente costó á Piet una larga enfermedad, que por espacio de dos meses le tuvo entre la vida y la muerte. Ana le cuidó con admirable esmero. Hendrick tambien hubiese querido pasar todo su tiempo á la cabecera de su hermano, pero la necesidad de vigilar solo todos los trabajos de la explotacion no se lo permitia. En fin, la robusta organizacion de Piet concluyó por librarle de la muerte. Una vez en la convalescencia, se restableció rápidamente, pero durante estos dos meses, Piet habia reflexionado mas que durante toda su vida.

Sin confesarlo todavia comenzó á darse cuenta de los sentimientos que Ana le inspiraba, cuando un acontecimiento imprevisto acabó de abrirle los ojos.

Algunos dias despues de su primera salida, estando hablando en la puerta con la jóven, vió llegar la carreta de uno de los mas ricos boëres de la vecindad. Este boër, llamado Hantam, descendió con su mujer y su hijo, guapo mozo, de veinte y dos años, que habia sido uno de los danzantes mas asiduos de Ana en la fatal asamblea.

Al verlo, Piet hizo un gesto de cólera y para colmo de desgracia, Hendrick estaba ausente y no podia venir sino dos dias despues.

Se necesitó de todo el imperio que Ana ejercia sobre el jóven boër para que éste consintiese en recibir graciosamente á los huéspedes que acababan de llegar.

Terminada la comida, mistress Hantam llevó a miss Daring al jardín bajo un pretexto cualquiera, y los hombres quedaron solos. Entonces M. Hantam manifestó resueltamente el objeto de su visita y pidió para su hijo la mano de Ana. Segun la costumbre constante de Piet, cada vez que era contrariado, su primer movimiento era enfadarse. Descontento por verse obligado á recibir la proposicion de M. Hantam, este tuvo que responderle en igual tono. Por fortuna era un hombre sensato y prudente que supo contenerse.

—Mi querido Piet, dijo al jóven, tu cabeza está todavia muy débil para que podamos hablar de esto hoy. Cuando estés mas aliviado y Hendrick haya regresado volveremos á Koudouvley.

Le dejó y se apresuró á llevarse á su mujer y á su hijo, pues temia un disgusto entre éste y Piet. La *Noë* le refirió que Ana le habia dado las gracias por el honor que le habia hecho, pero que hallándose dichosa en Koudouvley no tenia ganas de casarse.

Esta retirada precipitada puso al hijo de Hantam de mal humor, y enganchando los bueyes á las carretas maldijo en alta voz los celos de Piet, á los cuales atribuía la negativa de Ana.

—Ellos perderán á esta muchacha, decía. Hacen de ella una verdadera criada é impedirán que se case. Sin embargo, si uno de ellos se casase con ella; pero la pobre joven no tiene nada, y ellos quieren mejor tenerla como una criada.

Estas últimas palabras que llegaron á los oídos de Piet, exaltaron su bilis, y se necesitó todo el imperio de Ana para que Piet no se lanzase sobre su rival.

—Miente, exclamó mirando á la carreta y alejándose des-

pues. Nunca has sido tú aquí mirada como una sirvienta. En cuanto al dinero ya sabes que el nuestro es tuyo y que puedes disponer de él á tu antojo. Mira, aquí tienes dinero, añadió presentando á la joven una pila de pesos. Luego como si hubiese encontrado la ocasión que buscaba hacia tanto tiempo:

—¡Ah! nosotros no queremos casarte, continuó, y la prueba de que él ha mentido, es que yo estoy dispuesto á casarme contigo. ¿Esto es una cosa hecha, no es verdad? Nos casaremos el día primero que venga el ministro Kuruman.

Ana palideció: luego se repuso y dió gracias á Piet por su proposición; pero le hizo presente que no había para



Hendrick procuraba reanimar á la joven.

que preocuparse de las palabras de algunos envidiosos, y que se encontraba dichosa con su posición en Koudouvey.

Esta respuesta no satisfizo á Piet. No sabía si tendría valor para comenzar de nuevo la petición de casamiento. Desgraciadamente para él, Ana sentía el deseo contrario, y respondió de una manera evasiva. Vista la perplejidad de Ana, otro que no hubiese sido Piet habría adivinado la verdad; pero la inteligencia no era lo que más distinguía al boër. Siempre había tenido el cerebro un poco desarreglado, y se persuadió de que Ana le aceptaba, y satisfecho de su felicidad, deseoso de hacerlo saber al mundo entero, mando ensillar el caballo y galopó hasta que se puso delante de Hendrick.

En el momento que le distinguió:

—Hermano, gritó, yo me casé con Ana.

—¿Cómo? dijo Hendrick sorprendido.

—Lo juro, sí. Es una idea que hoy he tenido.

—¿Y Ana?

—Casi ha aceptado.

Hendrick no respondió nada. Otro que su hermano hubiese observado su turbación, pero Piet entregado á su alegría no tenía tiempo para observar.

Ana cuando vió á los dos hermanos regresar juntos leyó lo que pasaba en el rostro descompuesto de Hendrick. Corrió á su encuentro y le tendió la mano que apretó el joven boër.

—¿Qué tienes, Hendrick? preguntó con voz dulce.

El se estremeció y permaneció algunos segundos sin responder.

—¿Yo?... nada, dijo al fin; tengo mucho calor y el sol....

Se dejó caer sobre un banco apoyando el codo contra la mesa. Ana corrió á buscar cerveza, leche, pan, manteca y carne flambre, y lo puso todo delante de Hendrick, que la miraba tristemente ir y venir.

—Come, le dijo ella, viendo que no tocaba á nada.

Procuró hacerlo, pero el apetito del pobre jóven había desaparecido. Tenia un aire tan abatido que las lágrimas se asomaron á los ojos de Ana. Afortunadamente para ellos Piet que no había observado nada salió de la casa y los dejó solos.

—Estás triste, dijo miss Daring.

—Pienso en un viaje que determino hacer.

—¡Ah, un viaje!.... ¿Muy largo?

—Sí, un año.... y puede ser dos años.

—¿Dónde quieres ir?

—Los mercaderes de esclavos que pasaron por aquí hace un año, me refirieron que en la embocadura del Zouga, á unas setecientas millas de aquí, había magníficos pastos y terrenos muy fértiles..

—¿Y qué? preguntó la jóven.

—Tengo ganas de fundar un establecimiento en esos terrenos.

—¿En medio de los salvajes? Serás asesinado el día menos pensado.

Hendrick se encogió de hombros.

Me es igual, parecía decir.

—¿Y nos dejarás? preguntó Ana.



La fiesta interrumpida.

—Ahora que vas á casarte, yo no soy ya útil para nada.

—¿Quién te ha dicho que yo me voy á casar?

—Piet.

—Lo ha soñado.

—¡Cómo! exclamó Hendrick dirigiendo sobre Ana una mirada inquieta.... ¿No está decidido?

—No.

—¿Entonces que es lo que él me ha dicho? ¿No es verdad?

—Seguramente no; pero él se figura siempre lo que no existe. He aquí lo que ha pasado.

Y le refirió la visita de Hantam, la cólera de Piet, y todo lo que había seguido después.

—¿Es decir, que tú no le has prometido nada? preguntó Hendrick.

—Te juro que no.

—¿Pero y si exige una respuesta formal?

—Me negaré.

—¿Y por qué?

—¿Por qué?...

A esta pregunta miss Daring comenzó á temblar. Alzó los ojos hacia Hendrick y se encontraron sus miradas. Este movimiento bastó para revelar el secreto que su corazón no se atrevía á confiar.

—¡Pobre hermano! murmuró Hendrick después de un instante. ¿Cómo desengañarle?

(Se concluirá).

A. D. B.

ALONSO CANO.

LA DUDA Y LA CREENCIA.

I.

En una hermosa quinta situada á la orilla del mar, en la playa de San Lucar de Barrameda, habia ido á pasar el verano el célebre Alonso Cano, pintor, escultor y arquitecto á la vez: era el asombro de los artistas y la gloria de sus maestros, Juan Martinez Montañés, el escultor y los célebres pintores Pacheco, Castillo y Herrera.

Su padre, Miguel Cano, ensamblador y arquitecto de retablos, le habia enseñado la arquitectura, y en las tres nobles artes habia salido consumado artista.

Era de noche, y en un cuarto desde cuyas ventanas se descubria el mar, sentado junto á una mesa estaba trabajando, á la débil luz de una lámpara Alonso, y en un ancho sillón de baqueta se hallaba durmiendo una hermosa jóven.

Alonso Cano, habiendo echado á un lado los dibujos y planos de que se hallaba llena la mesa, habia cogido un libro y leia en él lentamente.

«Nada existia mas que el inmenso caos. Perdianse los siglos en la sombra y el silencio, mil veces mas numerosos que las arenas de los mares, cuando pensativo el Eterno meditaba la creacion del universo. Abrió su sublime pupila, y el fuego de su mirada inflamó la materia. Se estremeció..... estalló, y restos luminosos, mundos, soles y estrellas rodaron por el firmamento.»

Una lejana voz interrumpió su lectura. —Cantaban unos pescadores que salian á la mar.

Sereno está el cielo,
Tranquila la mar,
Y se oye á lo lejos
El viento zumbiar.
La luna de plata
Se ve rielar,
Marcando en las olas
Su brillo fugáz.
La frágil barquilla
Bogando ya vá,
Y al puerto segura
Dios la tornará.—

Alonso, que habia interrumpido su lectura, exclamó entusiasmado:

—¡Oh producto de un momento.... eterna maravilla! ¡Ángeles del cielo.... cantad! ¡La naturaleza se ostenta poderosa! ¡Oh milagro de fuerza y fecundidad! El Eterno, el Dios único se convierte en trino. Ama, y de repente de su centro de amor se comunica la existencia á la obra universal.

Calló Alonso absorto, ensimismado en su pensamiento, y la voz de los pescadores continuaba oyéndose en lontananza, trayendo muy apagado hasta allí el eco de esta barcarola.

Tórnate ya al puerto
oh frágil barquilla,
Porque el huracan
Se te arroja encima.

Ruie la tormenta
En noche sombría,
Y solo el relámpago
El cielo ilumina.
Suenan la campana
De la aldea vecina,
La tormenta arrecia
Porque se aproxima.
Las olas asaltan
La frágil barquilla,
Rogad pescadores,
Rogad á María,
La estrella del mar!
Rogad de rodillas
Cubra con su manto
La frágil barquilla!

Absorto continuaba Alonso, cuando la mujer que se hallaba durmiendo sobre el sillón en su estancia se despertó como sobresaltada, y se dirigió á aquél:

—¡Alonso!

—María mia.

—¿Quizá te incomodo distrayéndote?

—No, por cierto, estaba pensando en el cielo, y me encuentro con un ángel en la tierra.

—Alonso mio, ¡qué placer siento al verte!

—¿Qué tienes?

—Estoy asustada: he tenido un sueño horrible..... de presagios funestos.

—Disipa las nubes de tu hermosa frente..... No hagas caso de las locas visiones del sueño. Te hallas á mi lado, y despues añadió con amor: deja reposar mi mirada en tus ojos, vierte en el fondo de mi corazon tu plácida sonrisa. Esta noche, María mia, ¡oh santa atraccion de tu amor, todo poderoso! yo subia desde el abismo de la tierra al cielo, y tocaba ya casi en las etéreas nubes..... pero á tu voz, mi alma ha plegado sus alas, y héme á tus pies mas enamorado que nunca. Me parece que hace un siglo que no te hablo. Ninguna divinidad brilla á mis ojos cual tu celestial hermosura.

—No hables así, Alonso, eso es una blasfemia.

—¡Blasfemar, María, cuando se ama! No, cada grito de amor que sale de nuestro corazon sube como incienso á los piés del Criador! ¡Blasfemar! El Eterno no tiene celos. Es el foco de amor; y cuando se ama..... se ora!

—Como tú..... ¡Qué no me fuera dado expresar mi felicidad! Hablas..... y te escucho, y siento que mi corazon, cual un eco fiel repite todos los sonidos de tu voz.—¡Oh, que hermosa alma tienes! y que poco valgo yo á tu lado. ¡Tu amor es tan grande que me aterra! Alonso, añadió arrodillándose, perdóname el no ser mas que una mujer!

—Ven á mis brazos, dijo Alonso levantándola. Levántate, alma mia. Tú no sabes cuanto te debo. Sabes tú, bien mio, que sin ti yo me hallaria solo en el mundo, enteramente solo, sin amigos, sin familia. Sábelo María, el artista oculta frecuentemente en el fondo de su corazon una ardiente pasion, ama tan perdidamente y no se atreve á decirlo, tan puros son sus deseos. Solo suspira, sufriendo goza en su dolor..... Desgraciado peregrino, camina hácia la inmortalidad, y tal vez puede morirse en el camino; empero yo estoy seguro de llegar á la cima, porque el amor, María, es el pan del pintor, del escultor, del artista, y yo veo al abrigo de tu casta belleza, nacer, crecer y estenderse mi genio. Yo marchó triunfalmente en mi infinito trabajo, y me lanzo glorioso desde su base terrestre, y toco ya en

los cielos el monumento de mi amor, y brillante lo coloqué en la cúspide del inmenso edificio..... Como Rafael, colocaré á mi Fornarina en los altares, y haré que el mundo se postre ante ella de rodillas, y que todos tengan celos en las generaciones futuras de mi dicha y ventura.

Maria, despues de un momento de silenciosa tristeza:

—Escucháme, le dijo, te amo y te he consagrado mi vida..... pero tengo miedo, tú me miras por el prisma de tu genio! Me amas con un amor que mas tarde me matará..... En fin, tengo miedo de esa Maria, obra de tu talento, á que dan vida tu pincel y cinceles, y que no soy yo misma. ... ¡Dios mío! ¡No es á mí..... no es á mí á la que amas!.... Abre los ojos, Alonso.... ¿Qué me importa el porvenir á mí que no soy nada? Solo tengo un deseo, el de morar en tu corazón, feliz y solitaria, ardiendo cual la lámpara en el fondo del santuario, santa por el lugar santo que la abriga..... y que se apaga exhalando su última chispa en obsequio del Señor! Yo no soy mas que un soplo, una efímera fantasma, no tengo mas que mi amor puro y sincero y solo te amo á ti.

—¿A qué me dices eso? Nunca he dudado de tu casta virtud. ¿Podría mentir una boca tan pura? ¡Ah, si me engañases!

—¿Qué dices?

—Te creo, alma mía. En mi corazón no caben ni sospechas ni celos. ¿A qué pensar en ellos? Tengo confianza en ti.

Maria preocupada pensaba en el horrible sueño que había turbado su descanso, y que la había con sobresalto despertado.

Alonso continuaba diciéndola con el mayor amor:

—Para asegurar el amor que se desborda de mi alma es preciso que desde mañana seas mi esposa.

—¡Tú esposa! exclamó con terror Maria.

—¿Qué tienes?

—¡Yo! contestó reponiéndose poco á poco Maria; no quiero..... Te amo y te amaré hasta la muerte..... pero déjame siempre ese nombre de tu querida..... á fin de que si alguna vez perdiese tu ternura, si alguna otra mujer, Alonso, me arrojase de tu corazón..... pueda amarte todavía con mi amor de hermana.

—¡Oh! no digas eso, calla..... ¡qué locura!.... ¿crees tú que se puede amar muchas veces en la vida? Escucha, Maria; si llegase el día en que debiera romperse el lazo de nuestro amor, de este poderoso amor que nos embriaga, es que entonces uno de nosotros dos habrá dejado de existir. ¿Qué digo? ¿semejante amor se extingue en el sepulcro?..... Mira, Maria, qué hermoso está el cielo!.... No temamos la muerte; nuestra alma es inmortal! ¿Qué veo? lágrimas en tus ojos, que hermosas son. ¡Esposa!.... Yo estaba loco al hablar así; Maria, serás mi esposa y mi querida también. ¿Qué importa el nombre?.... ¡Te adoro!

II.

A la mañana siguiente, Maria apenas podía disimular su padecimiento.

Un joven criado de Alonso y que al mismo tiempo le servía para moler los colores y preparar los lienzos, en que bajo la inspiración de Maria, pintó las deliciosas imágenes que despues de dos siglos y medio admira con entusiasmo el mundo, vino á interrumpir sus amorosos coloquios entregándole una carta que acababan de traer para él.

Abrióla Alonso Cano y exclamó:

—¡Es de Florencia!

—¡De Florencia! dijo con asombro y alarmada Maria.

—Sí, Maria. Es de Sebastian Llano y Valdés, de mi amigo, de un hermano casi..... Llega hoy mismo. Voy á recibirle, á salir al muelle donde me aguarda. Adios..... Deja ese aire triste y sombrío. La tristeza sienta mal en tan lindos ojos. Seca, Maria, tus húmedas pupilas, no apagues la tímida potencia de tus ojos..... Este día aparece para nosotros alegre y risueño.

—Tienes razón, Alonso, contestó Maria procurando dar á su rostro un aire alegre y expansivo.

Alonso la estrechó amoroso entre sus brazos depositando un beso en sus rosadas mejillas, y marchó al encuentro de su amigo, del hermano á quien tanto amaba su corazón, con el alma llena de esperanza y de alegría.

En tanto Maria le seguía con los ojos, y sin saber por qué se sentía acometida de un invencible terror.

—¿Crees tú, se decía á sí misma, que se puede amar muchas veces en la vida? repitiendo estas palabras que Alonso Cano la había dicho y que se habían grabado hondamente en su corazón.

Y sin embargo, Maria amaba á Alonso Cano.

Hallábase sumergida en la mas terrible turbación, no pudiendo ella misma olvidar su pasado y se volvía loca al ver que podía tal vez hallarse frente á frente de un hombre cuyo nombre había borrado de su corazón.

En vano trataba de calmar su inquietud, en vano recurrió á la distracción de la música, arrojó de sí la mandolina y su voz en vano intentaba cantar.

Fuera de sí y con la mayor agitación se asomaba á la ventana para ver volver á Alonso Cano con aquel hombre que era su amigo, que era su hermano y en quien su corazón le hacía adivinar un enemigo.

Horrible era su situación..... ¿qué iba á ser de ella?

Parecía imposible que aquel Sebastian que esperaba Cano, fuese el mismo cuya presencia tanto la alarmaba y que le anunciaba un secreto instinto.

Miraba y miraba sin cesar hacia el puerto.

Al fin los vió venir.

Era el mismo!.....

A punto estuvo de morir y se retiró de la ventana cerrándose en su aposento.

III.

Alonso Cano entró en su casa abrazado con Sebastian, radiante de alegría y reputándose el hombre mas feliz del mundo.

¡Cuántas veces había soñado con la vuelta de su amigo, de su hermano!.... al fin, volvía á verlo..... y por largo tiempo esperaba vivir reunido con él.

Sebastian le daba las gracias y al verse con tanto entusiasmo acogido por Alonso, demostraba su extrañeza por que esperaba le recibiese con un sermón.

—Tienes razón, le decía Alonso. El sermón de costumbre: déjame que tome un aire severo; y cruzando los brazos y con un tono cómico de reconvención, prosiguió: Al fin, hijo pródigo, vuelves á la casa paterna despues de haber vivido en el libertinaje..... en el desorden..... ¿qué ha sido de ti, cómo has encontrado medios de viajar tan largo tiempo no teniendo que devorar sino un modesto patrimonio? ¡Cinco años fuera de Sevilla! sin acordarte de un hermano

que allí dejabas y que tanto te ama..... ¡ingrato, venir tan tarde!

—Yo te aguardaba todos los días, le contestó Sebastian; yo quería obligarte a viajar también. Yo soy el que debo de quejarme. ¡No venir cuando te estaba aguardando!

—No me gustan los viajes.

—Pues es una cosa hermosa, hermano. Andar errante sobre el Océano al través de las tormentas sin cuidarse de lo que se siente, olvidarse de donde se viene para no pensar sino adonde uno va: descansar un día en un pueblo tranquilo, ó hallarse otro en un pueblo irritado que se levanta y se agita ó por la libertad ó por cuestiones religiosas: ser el juguete del agitado mar cuando retumba el trueno y brilla el relámpago, y siguiendo el ímpetu majestuoso de sus olas sumergirse en el abismo ó tocar en la cima de los cielos: arriesgar su existencia sin miedo ni pesares, podrás creer que es una locura pero es mi delicia, mi existencia.

—Hablas como un poeta.

—No, como un filósofo.

—¡Vaya un profundo pensador!

—No te burles, hermano. Convéncete que soy mas viejo que tú. Aunque joven todavía, he vivido mucho. Sin saber como, he vaciado de un sorbo mi copa de ambrosía, lo he bebido todo á la vez para llegar al fin. El destino mio era particular. ¿Te acuerdas, Alonso, de que á pesar del arte de Hipócrates fué siempre delicada y débil mi salud? Un día la ciencia pronunció su fallo sobre mi destino..... Yo estaba allí oculto, amigo y hermano mio, y todo lo oí. Tú lo sabes: el médico decidió que apenas llegaría á la primavera de la vida. Lo creí riendo y desafié mi suerte. Vivamos, me dije, alegre, feliz y contento hasta la muerte, no dejemos marchitar mis días en el dolor y padecimientos. Cinco años bien empleados, bien valen toda una existencia. Apresurémonos á vivir y á gozar. Entonces he viajado..... he quedado aturdimiento..... he visto muchos países para distraerme. Para encontrar la felicidad he recorrido la tierra y siempre la felicidad iba huyendo delante de mis pasos. He buscado amigos..... he encontrado ingratos! He jugado, he perdido. Tú conoces el refrán, desgraciado al juego, afortunado en amores. Habien lo perdido mucho, busqué el amor..... pero las mujeres me han dado entonces mas de un chasco. Mentía el refrán, ¡Oh! las mujeres, las mujeres en todos los países son las mismas, en todas partes engañan. Estoy corregido. En el fondo de mi corazón las he condenado á todas. He aquí el resultado de mi vieja juventud. Quería ser feliz, he sembrado la riqueza, empero ¿qué he recogido en cambio del oro que sembraba? Algunas veces el placer, la felicidad nunca. A pesar mio pensaba en el pérfido oráculo del médico..... Cuanto mas tiempo pensaba, mas codicioso era de todo. Mi alma no hacía mas que desflorar lo que cualquiera otro hubiera podido saborear. Pagaba locamente cualquier frívolo capricho y todo lo he gastado. Sin una blanca y por resultado de mi agotada hacienda la duda, el fastidio y el hastío, sin mas abrigo que el cielo, me he dicho: volvamos á Sevilla, tomemos presto el vuelo; hagamos como el pájaro que viene á buscar su tumba cerca de su cuna..... Hasta entonces quería vivir de mi miseria porque llegaba á dudar de todo, hasta de ti, mi querido amigo y hermano. Y esta rara felicidad que en vano buscaba la he sentido casi cuando muriendo de hambre, agobiado de fatiga y maldiciendo la vida, al desembarcar, he respirado el aire puro de mi hermosa patria.

—Te compadezco, hermano, contestó tristemente Alonso,

tu historia me ha hecho mal. La duda, Sebastian, es un veneno fatal que seca el corazón sin destruir su existencia. La duda es el infierno, es peor que la demencia; pero tú no dudas, estoy seguro. Y añadió riendo, si tú quieres dudar..... duda del médico que te había condenado, por que con placer y alegría veo que la cruel muerte no quiere su presa..... tú serás todavía feliz: el oro da el placer y nada mas..... tú mismo lo has dicho.

—Vas á convertirme, le contestó friamente Sebastian.

—La felicidad, le dijo Alonso, es un ser tímido que no ama el brillo de aquel pérfido metal..... Es preciso domesticarla porque se asusta del ruido: si se la persigue huye inmediatamente. Va siempre unida á las santas creencias. Es la recompensa del hombre que trabaja: aborrece sin piedad á esos perezosos que piensan que el mundo todo es para ellos, que arrojando á la ventura á su paso el oro, despreciando el genio, insultando el valor, quieren, cueste lo que cueste, deslumbrar al pasar. Ignoran que el oro es impotente. Tienen humo, pero nunca fuego..... El placer es el cuerpo, la felicidad, es el alma.

—Alonso, yo no quiero discutir contigo, hablaríamos largo tiempo, y no nos entenderíamos. Yo creo..... lo que creo. La felicidad es una palabra vana, un sueño, una quimera.

—Pues yo, hermano mio, la he encontrado, y sin abandonar mi patria y mis pinceles un solo día, pensando en el porvenir en esta modesta mansion. Yo no comprendo, esta es mi idea, que toda alma no esté destinada á dejar en este destierro de donde tan pronto ha de salir, un vestigio de nombre que viva despues de su muerte. Sebastian, hace largo tiempo que yo tengo aquí..... aquí en mi cabeza, un fuego que la consume..... ¡en fin, yo también soy poeta! pero yo tengo necesidad de calma y de serenidad, lo conozco: esta frente con frecuencia exaltada se haría pedazos al choque de cualquier golpe terrible. Afortunadamente para mí, en esta pacífica mansion todo me sonríe y además..... poseo el corazón de una mujer, Sebastian, que es un modelo de dulzura. Una virgen de Rafael, pura.... como un cielo sin nubes, que viviendo para mí solo ignora su belleza: ángel bello de candor y de fidelidad que me ha dado la suerte, ¡rosa apenas abierta que inspira mi corazón y perfuma mi vida!

—¿Es la primera vez que te has enamorado? le preguntó Sebastian.

—Sí.

—Ya lo veo.

—¿Qué quieres decir con eso? preguntó asombrado Alonso.

—Nada, le contestó Sebastian paseándose con afectación.

Deteniéndose de pronto, continuó:

—Tengo experiencia. Te lo he dicho, no me fió de ninguna mujer. Tengo miedo, mi querido Alonso, de que no hayas caído en las redes de unos ojos engañosos: si así es, te compadezco. Si te crees amado, trata de desear esa opinión, porque llega un momento en que todo se desvanece. Yo puedo asegurarte que en toda la tierra, no se encuentra una mujer sincera.

—Posible es, que tan raro tesoro no pueda pagarse con todo el oro del mundo, pero yo te aseguro, que aunque esa mujer sea sola y única en el mundo, es la que yo poseo.... y vas á verla.

—Muchísimo lo deseo.

IV.

Llamó Alonso á un criado, y mandó que avisase á María que deseaba verla. Pocos momentos despues entró María acompañada del criado que entregó un pliego á Alonso Cano.

Al ver Sebastian á María, hizo un movimiento de sorpresa, empero ésta le saludó friamente cual si no le reconociese ni jamás le hubiese visto.

Como Alonso Cano, se habia puesto á leer el pliego que le habian dado, no pudo apercibirse de la sorpresa de Sebastian y de la alteracion de su rostro.

—¡No es verdad que es hermosa! dijo al acabar de leer el pliego á Sebastian, y que yo tenia razon cuando te hablaba de ella....

Y despues mostrando el pliego les dijo: El corregidor de San Lúcar de Barrameda, me llama al instante para hacerme un encargo del ministro del rey el conde-duque de Olivares. Voy y vuelvo corriendo.

Y dirigiéndose despues á María:

—Este es mi amigo, mi hermano.... ya verás que la ausencia ha cambiado su moral.... cambiado casi los colores del retrato que yo te habia trazado. Pretende, María, que en todo el mundo no hay una sola mujer sincera y fiel. Se llama filósofo negando la felicidad. Estoy seguro de que no lo dice de corazon y cuando te conozca veremos sin pena disiparse los errores de que está llena su alma. Adios, vuelvo muy pronto.

María salió acompañándole hasta la puerta.

V.

En tanto que María acompañaba á Alonso, Sebastian se habia quedado inmóvil compadeciendo á su pobre amigo, contemplaba aquella belleza que amaba tan tiernamente y meditaba en la facilidad del corazon de la mujer para enganar al hombre. Sebastian no tenia creencias algunas, habia en su deseo de extinguir la vida en goces materiales, recorrido en los cinco años en que se habia consagrado al placer, toda la carrera del vicio. No sabia que camino tomar en la difícil circunstancia en que se encontraba en la casa de su amigo, de su hermano casi.

María volvió apenas hubo salido de la casa Alonso, y su rostro antes sereno é imperturbable dejó ver la contraccion del terrible pesar que le destrozaba el alma.

—Sí, Sebastian, soy yo: hace un momento que mi corazon está lleno de terror. Vas á saberlo todo si quieres comprender.... ¡escúchame, Lorenzo, porque entonces así era como te llamabas. Tu amigo, tu hermano mas bien, como él te llama, me adora y yo tambien le amo. ¿Quiéres con una sola palabra romperlo todo?.... es su vida ó su muerte.... ¡moriria! yo te suplico que no le digas nada.... nada.

—Tranquilízate.

—¿Quiéres que me arroje á tus pies?... habla.... ¿qué quieres?.... quieres que muera.... ¡moriré! Y al mismo tiempo se arrojaba á sus pies.

—¿Quién te ha dicho, María, contestó Sebastian levantándola del suelo, que yo quiero ahora que mueras? ¿Tú suplicarme á mí?... yo soy el que debe rogarte, yo el que debe temblar, yo solo soy el culpable.... así desde aquel dia.... me agobian los remordimientos. Si rompí mi solemne juramento, fué por un desafio.... sí, un desafio.

—No.... no.... fué mia la culpa. Tu alma, lo veo, es todavía noble y elevada, te echas una culpa que solo debe pesar sobre mí, conozco que eres bueno y se disipa el temor de mi corazon. Yo soy la que no he sabido cautivar y conservar tú amor. Tú.... no le dirás nada.... los tres seremos felices en esta mansion, si quieres callar.... ¡Oh! ¡yo te amaré como se ama á un hermano!

Sebastian que antes habia abandonado á aquella mujer esperiméntó un extraño movimiento, y por la primera vez se sintió conmovido por el sonido de aquella voz, y así con todo el aire que la pasion inspira:

—Siempre te amo.... la contestó, ¿por qué hacer de mi amor un crimen? tus ojos no hacen victimas impunemente. ¡Cuántas veces he sentido que mis pasos me arrastraban hácia tu corazon, me arrastraban á tus brazos! así yo te amo siempre. Aun conservo tu querida carta que no cambiaria ni á precio de mi vida, aquella carta tuya que firmó mi felicidad, que he llevado sobre mi corazon mucho tiempo y que conservaré siempre.

—Oyeme, Lorenzo, y déjame que te dé este nombre bajo el que tanto te amé.... yo no temo la muerte. De una sola palabra tuya va á depender ahora mi suerte.... ¡Lorenzo! piensa en tu amigo, y si puedes... olvida quien soy yo. Estáte seguro de que si yo quiero vivir, es por él, por él solo, por tu amigo, por tu hermano, ¿entiendes? ¿Le conoces tú bien.... sabes tú qué virtud.... qué aliento creador fermenta en su cabeza, sabes tú lo que es Rafael, Julio Romano, Miguel Angel? ¿me comprendes?.... no es el amor, es un culto, una hoguera que arde noche y dia, un ser divino. ¡Si vieras su alma!.... no es por mí por quien arde aquella llama, es mi divinidad la que llena de incienso y sin la cual no puede pasar. Respóndeme, ¿lo comprendes? Sí.... verdad es que yo no soy sino una mujer envilecida. El lo es todo.... ¡y yo nada!.... pero esta nada es su vida, ¿me comprendes?....

—Comprendo.... contestó con el mayor cinismo, tranquiliza tu terror, te amo.... y vive Dios que, lo entiende....

—¡Ah! exclamó con desesperacion María. ¡no me comprendes!

—Comprendo perfectamente, María: es preciso que Alonso viva, que tú amor le embriague.... que no viva sino para tí.... y puesto que está en un error, nada le diremos pero ¿respóndeme? y al mismo tiempo la cogió la mano que María retiró con dignidad.

—Sí, Sebastian, te adora, ¿pero has olvidado tú nuestros dias de felicidad? ese recuerdo encantador, no me ha abandonado jamás. ¿Quién? ¡yo! ¿venderte yo? ¡has podido pensarlo, hermosa mia!.... yo te amo con el mismo ardor que antes.

Al pronunciar en voz baja estas palabras, trató de darla un abrazo, que María rechazó con energía.

—Calla.... le dijo, ¡corazon sin nobleza, corazon de piedra; tú quieres villanamente tentarme! ¡Lorenzo, Dios nos juzgará á los dos, y yo débil y tímida levanto muy alta mi frente.... tú, pérfido, tienes que bajar la tuya! Desgraciado el dia en que vinistes á profanar friamente el dulce nombre del amor. ¡Mintió tu lengua hipócrita, mintió tu corazon que se agita sin remordimiento! Tu corazon sin pudor, supo entonces conmover el mio. ¿Qué hicistes? dime ¿por qué medio, por qué secreto veneno, por qué trama infernal pudistes inspirarme aquel fatal amor?.... ¡era yo tan jóven entonces!.... creí en tu honor... y ahora conozco que tu presencia me causa horror! Nada espero de tí, habla, termina tu mision, al nombre de raptor une el de vil

delator..... marcha, corre..... pero tiembla tambien; pronto debe de tener un término tu impunidad.

Y lanzando una sublime mirada de desprecio sobre Sebastian, se salió María dejándole confundido bajo el peso de sus imprecaciones.

VI.

Al cabo de un momento, repuesto Sebastian de su turbacion se asombraba de que aquella tímida criatura, una niña casi, le hubiese hecho temblar. Tenia á todas las mujeres por pérfidas que con sus llantos intimidan; creia que aquella mujer que se le resistia y que antes le habia pertenecido, no estaba enamorada de su amigo sino porque era rico, y lleno de despecho y de celos se propuso desengañar á su amigo, á fin de que en aquel mismo dia abandonase á aquella mujer, vengando así á un mismo tiempo su desden y haciendo un gran servicio á Alonso Cano. Sabia muy bien que ciego de amor éste no le creería si no le presentaba una prueba irrecusable.

Fué pues, á buscar las cartas que conservaba de María y en las que su sencilla amante, se habia entregado incautamente á él, en el tiempo de su loca pasion.

Llegó Alonso Cano de vuelta de casa del corregidor de San Lúcar, radiante de alegría. Iba al fin, á salir de su oscuridad, el porvenir se le ofrecia risueño y feliz. El conde-duque de Olivares, el poderoso ministro de Felipe IV, le llamaba á Madrid para encargarle la pintura de los salones principales del palacio del Buen Retiro. En el colmo de la alegría y abrazando á su amigo le decia:

—¿Qué feliz soy, tu vuelta tanto tiempo esperada, y mi llamamiento á la corte son demasiada felicidad para un solo dia!... Cuando mi María sepa esta noticia... ¿no está aquí!... Sebastian, ¿dónde está?

—Tú lo has dicho, le contestó hipócritamente Sebastian, es mucha felicidad para un dia.

—¿Qué vas á anunciarme? le dijo alarmado Alonso.

—Cuanto mas sereno está el cielo..... mas sombría es la tempestad; ¿tienes alma?

—¿Dónde está María? María..... gritó alarmado Alonso.

—En vano la llama su amante, no vendrá....

—¿Qué hace?

—No vendrá.....

—¿Qué ha sucedido?..... habla..... habla, ¿no ves que me estás matando?....

—¡Pobre insensato, creias poseer un ser imaginario!.... Alonso, te amo demasiado para hacerte de ello un misterio. Ese ángel de candor..... si, que yo he visto aquí!....

—¿Y bien? exclamó casi desfallecido Alonso.

—Yo tenia razon..... te engaña tambien.

—¡Mientes!.... si, tú mientes, deberias decírmelo porque vas á matarme..... si, tú mientes..... tú has querido solo asustarme ¿no es verdad? ¡¡María!! gritó al mismo tiempo con voz terrible.

—He dicho la verdad, contestó con la mayor frialdad Sebastian.

—Si no fueras mi amigo..... mas bien mi hermano, esa indigna mentira hubiera recibido ya su recompensa.

—¡Recompensarias bien mi amor, Alonso! contestó siempre con frialdad Sebastian, te perdono ese movimiento de ira... y te compadezco porque sufres.

Alonso se dejó caer sobre un sillón agobiado de su dolor y Sebastian paseándose por la estancia continuó:

—Mucho me duele, pero culpa tuya es... respóndeme: ¿en dónde has encontrado por primera vez á esa mujer que te ha fascinado con su interesante voz? Despertado por su aire angelical, tu corazon virgen todavia se sintió inflamado con su amor y entusiasmada tu alma de artista con tu bella conquista has tratado de embellecerla, creyendo haber encontrado ese ser que cada cual se forma en sueños.

—No, no te creo..... esa es una infame y odiosa mentira.....

—Bueno, contestó friamente Sebastian..... pues he mentido.

—Sospechar de esa mujer..... equivale á negar la existencia de Dios.....

—Bien. Es un tesoro de amor, de candor, de virtud..... te lo decia por reir..... Adios.

—No, dijo levantándose impetuosamente Alonso, tu aire impasible no puede perturbar así la tranquilidad de mi alma, y lejos de detenerme por una sospecha, esta noche misma delante de Dios al pié del altar voy á darte mi nombre.

—¿Querrias casarte con ella?

—Si, hoy mismo.

—¿Quién..... tú? ¿darte tu nombre?..... escúchame, yo te amo como un hermano, comprendo cuanto debes padecer, pero quiero evitarte un tardio arrepentimiento. Ya no titubeo, toma y lee.

Y al mismo tiempo entregó á Alonso una carta que tomó con mano convulsa y se puso á leer ávidamente.

—Horrendo delirio, no me atrevo á mirar..... decia Alonso... ¡Dios mio! ¿qué voy á leer? *Yo te amo..... yo te amo*, he visto esta palabra, abrasa mis ojos..... esta imprevisa desgracia hiere mi frente como el golpe del rayo. Ahora, María, nada podrá ya absolverte. Sebastian, déjame solo.

—Muy á pesar mio, te he revelado este secreto, pero era mi deber.

—¡Te doy las gracias!

—No te irrites mucho con ella..... te lo suplico, es preciso ser clemente con estos ángeles degenerados.

Alonso no le oia entregado á su dolor, y Sebastian salió de la estancia, admirando cuanto era el amor que tenia su amigo á María.

VII.

Alonso, que habia visto quebrantarse en un solo dia toda su existencia, continuaba absorto leyendo y volviendo á leer aquella carta fatal que disipaba todas sus ilusiones. Alonso amaba ciegamente á María. No sabia como poder soportar su presencia, formaba y desechaba en su agitada imaginacion mil contrarios planes. Resuelto se hallaba á huir de ella cuando María entró en la estancia y arrojándose á sus piés, con las manos juntas en ademán suplicante le dijo:

—Escúchame.

—¡Vos aquí, señora..... dijo con voz terrible Alonso, y á mis piés! ¿qué causa vuestro terror? solo el criminal suplica de rodillas, la inocente está siempre de pié.

—Alonso, toma mi vida, pero en cambio escúchame.

—Una sola palabra bastará, señora, dijo Alonso con voz atronadora y presentándole la carta, ¿conoceis esto?.... responded, María.

María estaba á punto de fallecer.